

Pandillas y capital social¹

José Miguel Cruz²

Resumen

El artículo presenta los resultados de una investigación diseñada para identificar los factores sociales y económicos que posibilitan la aparición de pandillas en una comunidad. El estudio se hizo en tres municipios salvadoreños en base a un sondeo de hogares. Los resultados muestran que la confianza entre los ciudadanos, la existencia de espacios de encuentro públicos y la poca desigualdad en los ingresos de los hogares de una comunidad, constituyen los factores más decisivos en la explicación de la aparición de las pandillas juveniles.

Introducción

La violencia "social" y criminal que afecta a los salvadoreños constituye un problema complejo y antiguo. Diversas investigaciones han señalado que este pequeño país centroamericano tiene una larga historia de lidiar con la violencia. González (1997) y Cruz (1997) han señalado que la violencia ha tenido diversas formas de expresión en El Salvador a lo largo del siglo pasado. Lo que en principio era violencia social, producto de las relaciones socioeconómicas y de producción agrícola

la, se fue convirtiendo en una especie de violencia de represión por parte del Estado y luego en violencia política con la formación de los grupos político-militares de izquierda y la escalada de represión por parte de los gobiernos militares de turno; la guerra civil de los años ochenta no fue más que una etapa exacerbada de esa violencia. Los problemas de violencia y delincuencia de la actualidad no serían más que una nueva forma de expresión de esa violencia que ha viciado a la sociedad salvadoreña durante toda la historia contemporánea.

1. Este artículo es el resultado de una investigación realizada por el IUDOP y financiada por la Misión de la Iglesia Sueca (SKM), como parte del proyecto "MIS-IUDOP Investigaciones sobre violencia".
2. El autor desea agradecer a María Santacruz por su apoyo en la investigación y sus comentarios al contenido del artículo.

Este modo actual de violencia, tan diferente pero tan nefasta, posee diversas formas de expresión. La ola de violencia no parece tener una sola expresión, como tampoco una sola causa y, por supuesto, tampoco una sola forma de atención. A diferencia de las violencias del pasado, sobre todo la generada en torno a la guerra civil, la violencia de la actualidad es ejercida por muy diversos actores. No se trata de bandos que están enfrentados entre sí por la consecución del poder, se trata de individuos que por diferentes causas y motivaciones deciden agredir a otros. Esto convierte a la violencia actual en un tipo de agresión difusa y generalizada. En realidad, los ciudadanos, a diferencia de la violencia política, no tienen claro de dónde y cuándo esperar la agresión: ésta puede aparecer en cualquier momento y en cualquier lugar, por no decir que puede aparecer de la mano de cualquier desconocido/

Según Lederman y otros (2001), en El Salvador, la violencia se caracteriza por la fuerte presencia de las pandillas juveniles y la abundancia de armas de fuego en manos de civiles, entre otras cosas. Aunque no toda la violencia salvadoreña, y quizás ni siquiera la más frecuente, puede ser atribuida a las llamadas maras, Lederman y sus colegas no se equivocan al señalar a las pandillas juveniles como un elemento que caracteriza al fenómeno salvadoreño de otros de gran magnitud. Efectivamente, la mayor parte de la violencia que termina en homicidios en este país se comete en contra de los jóvenes y éstos mismos suelen participar activamente de la violencia. Las diversas estadísticas consignan que la mayor parte de homicidios se cometen en contra de personas del sexo masculino, cuyas edades oscilan entre los 15 y 25 años de edad (Cruz, 1997), y que la mayoría de victimarios poseen edades por debajo de los 30 años de edad.

El problema de las pandillas juveniles en El Salvador no es nuevo. Como consignan algunas investigaciones, ya desde inicios de la década de los noventa podían encontrarse estudios serios sobre el fenómeno como respuestas a la magnitud problemática que la misma había adquirido (Argueta, 1992). A lo largo de la década, el problema se fue complejizando y su magnitud aumentó de forma considerable. En 1996, la Policía Nacional Civil calculaba que más de 20 mil jóvenes se encontraban enrolados en las pandillas a nivel nacional. A finales de la década, cualquier estimación se ha hecho imposible por la generalización del fenómeno. Las autoridades no saben cuántos jóvenes

estarían integrados en las pandillas, pero de lo que no parece haber duda es que no existe población urbana alguna que no tenga en su seno a jóvenes pandilleros. Sin embargo; no todas las comunidades enfrentan la misma magnitud de la problemática. Mientras que es posible encontrar lugares en donde las pandillas dominan absolutamente el territorio comunitario y en donde ni siquiera las fuerzas policiales se atreven a entrar a no ser por medio de grandes operativos, también es posible encontrar lugares en donde la presencia de pandilleros es mínima o inexistente y su dinámica no produce los mismos niveles de violencia. Esto sugiere la presencia de factores que marcan diferencias de una comunidad a otra. Y es que no todos los jóvenes salvadoreños, ni siquiera la mayoría, forman parte de las pandillas, pero el fenómeno ha crecido tanto que significa un ingrediente significativo en la violencia salvadoreña.

Un estudio reciente (Santacruz y Concha-Eastman, 2001) ha señalado que las pandillas están ahora más cerca de la actividad criminal organizada y más lejos de constituirse en grupos de jóvenes que buscan diversión, como hace cinco años, cuando se realizó un estudio similar (Cruz y Portillo, 1998), y que las actividades que suelen predominar en los jóvenes pandilleros en la actualidad son, sobre todo, la violencia y el consumo de estupefacientes.

Así, el problema de la violencia salvadoreña no puede ser abordado sin considerar el fenómeno de las pandillas juveniles. Pero ese fenómeno en sí mismo ya ha sido abordado ampliamente en diversos trabajos de investigación en El Salvador (Smutt y Miranda, 1996; Cruz y Portillo, 1998; Santacruz y Concha-Eastman, 2001; Santacruz y Cruz, 2001). Algunos de ellos se han dedicado a explorar de forma general o tangencial las causas y los factores que están detrás de la aparición de las pandillas, y la mayoría más bien ha intentado describir y analizar la dinámica del fenómeno —algo fundamental para la comprensión del mismo—. Por tanto, más información es necesaria para articular una comprensión de la génesis y los factores que rodean el apareamiento y la instauración del fenómeno.

Este artículo se desarrolla en esa línea. Más que hablar de las pandillas en sí mismas se busca explorar los contextos que posibilitan la aparición y el establecimiento de las mismas en la sociedad salvadoreña. Al hacerlo así, se busca no sólo arrojar cierta luz sobre los factores posibilitadores de

las maras, sino también sobre la violencia social que afecta a El Salvador, y esto se efectuará desde la perspectiva teórica del capital social.

En los últimos años ha aparecido con fuerza un concepto en las ciencias sociales, cuyo origen está más vinculado a la tradición teórica económica del *rational choice* y, en cierta forma, a la tradición sociológica de ver a los seres humanos como sujetos gobernados por las normas, las reglas y las prescripciones sociales (Coleman, 1988/2000). Este concepto, conocido como capital social, y cuyo debate ha ocupado más a los economistas que a los científicos de otras disciplinas sociales, en el fondo centra la atención sobre la importancia de factores más de orden psicosocial en la consideración de las dinámicas y fenómenos sociales.

Como ya se ha dicho, este trabajo pretende usar ese marco conceptual del capital social para entender la presencia de pandillas y de actividad pandilleril en algunos lugares de El Salvador. En concreto, se trata de una aproximación empírica a la relación entre capital

social y las maras que existen en las localidades urbanas de los municipios de Cojutepeque, Nejapa y Quezaltepeque. Detrás de este propósito se encuentra la intención de establecer qué factores explican el hecho de que una ciudad tenga un problema grave de pandillas y de violencia, mientras que otra similar no los tenga, al tiempo que se busca establecer si dentro de esos factores se hallan los constructos del capital social.

Para cumplir con ello, el presente artículo se desarrolla en cuatro partes. Primero se hace un repaso sobre la literatura acerca del capital social y su relación con la violencia. El segundo apartado se dedica a exponer los pormenores de la metodología de la investigación de la cual parte este artículo. En los apartados tercero y cuarto se presentan los resultados y se hace una reflexión sobre los mismos, respectivamente.

1. Un breve repaso teórico

En realidad, existen muchas definiciones de capital social desde que Coleman propusiera este concepto en 1988 (2000). La mayoría de ellas son más bien amplias e incluyen aspectos que tienen que ver con las instituciones políticas, la sociedad civil y la facilidad para establecer relaciones de mercado³. De forma amplia, Coleman define capital social como las relaciones entre las personas, las cuales les permiten cooperar con el propósito de alcanzar objetivos comunes (1990). Basado en ella y en la discusión teórica que antecede a la misma, Narayan (1997, p. 50) se refiere al capital social como las "reglas, normas, obligaciones, reciprocidad y confianza incrustadas en las relaciones sociales, en las estructuras sociales y en la institucionalidad de la sociedad, las cuales permiten a sus miembros alcanzar sus objetivos individuales y colectivos comunes"⁴.

En 1993, con el propósito de estudiar la contribución de las instituciones al funcionamiento de la democracia en Italia, Robert Putnam propuso una

definición útil para señalar la importancia de este constructo para el mantenimiento del sistema político. Según Putnam, capital social se puede entender como "los aspectos de organización social como la confianza, las normas y las redes que pueden mejorar la eficiencia de una sociedad al facilitar las acciones coordinadas"⁵. Esta definición enfatiza aún más los aspectos sociales y se refiere a la sociedad como la unidad básica de análisis. Con este concepto, Putnam puso de manifiesto la importancia de este tipo de variables sociales en la configuración de las dinámicas a escala más institucional.

Aunque el acuerdo sobre la conceptualización de capital social aún parece algo remoto, la verdad es que la mayoría de investigadores y académicos se refieren al concepto enfatizando las condiciones de confianza entre los ciudadanos, así como también la participación de las personas en diversos

El capital social no sólo puede desempeñar una función en la reducción de los problemas sociales como la violencia, sino que también y bajo ciertas circunstancias puede constituirse en un alentador del crimen y la violencia.

3. Recuérdese el origen economicista del concepto.
4. Traducción propia.
5. Traducción propia.

ámbitos de la vida social y las normas que favorecen el trabajo compartido en la comunidad. Quizás más las dos primeras que la última. Sin embargo, ello ha generado no pocos problemas metodológicos y de operacionalización a la hora de medir las manifestaciones del constructo. Esto ha dado lugar a que su pertinencia empírica haya sido puesta en duda, sobre todo cuando diversas investigaciones han producido resultados contradictorios (Shrader y Krishna, 2000). Con todo, pocos investigadores han puesto en duda la importancia de los factores que conforman el constructo de capital social a la hora de comprender por qué unas sociedades o comunidades humanas son más exitosas en la consecución de sus objetivos que otras.

Uno de los problemas operacionales que más frecuentemente sale a la luz en los estudios empíricos es el hecho de que esos elementos que forman parte del universo del capital social no son elementos aislados e interactúan entre sí y con otras condiciones del medio ambiente y de la sociedad. Como dicen Lederman y otros (2000), el capital social no es una sustancia homogénea sino multifacética —al igual que la violencia—, cuya medición implica la constitución de una serie de indicadores que no siempre son fáciles de aislar. Desde la propuesta de Coleman, está claro que el concepto de capital social tiene que ver tanto con los comportamientos como con las actitudes, y los indicadores que se diseñan en las investigaciones para medir el capital social, en realidad miden esos aspectos conductuales y actitudinales más que el concepto en sí.

Ahora bien, en los últimos años se ha “descubierto” la utilidad de este concepto para explicar y comprender fenómenos como la violencia y la criminalidad. Así, el capital social no sólo es visto como un elemento clave para comprender cómo funcionan los sistemas políticos o las agrupaciones sociales, sino también para explicar por qué unas sociedades o comunidades han propiciado las dinámicas de violencia juvenil y delincuencia, mientras que otras no.

La hipótesis básica que relaciona al capital social con la violencia es que el primero contribuye a la reducción de la segunda. Según Lederman y otros (2000), existen dos tipos de argumentos que explican esta relación. El primero, que enfatiza una interpretación economicista de la relación, es que el capital social reduce los costos de las transacciones sociales. El segundo, más enfocado en la tradición sociológica, señala que las “comunida-

des con fuertes lazos entre sus miembros están mejor preparados para organizarse y superar los problemas *free-rider* de la acción colectiva” (p. 10). En el fondo, el capital social mediatiza la probabilidad de que las personas actúen de forma individual y oportunista, al proveer de un marco de comportamiento social. Este trabajo se inscribe más en esta línea de pensamiento que en la primera. En la aplicación al caso de las pandillas, esto supone que la presencia del capital social en una comunidad impediría que los jóvenes se comportaran en contra de la comunidad misma y que, por el contrario, apoyaran los esfuerzos de gestión comunitaria.

Pero además, la relación entre capital social y violencia no se da en forma unidireccional. En realidad, la violencia puede determinar también al capital social, es decir, puede influir sobre los niveles de confianza, sobre las normas que rigen los comportamientos y sobre la capacidad de las personas para organizarse socialmente (Moser y Holland, 1997; Cruz, 2000). Esto obviamente implica un problema metodológico. Muchas veces es difícil saber qué está ocurriendo en qué; en todo caso, lo importante es enfatizar el carácter relacional de la hipótesis más que su carácter causal.

Algunos estudios empíricos han comprobado esta relación entre elementos del capital social y la violencia. Por ejemplo, Moser y Holland (1997), en un estudio más complejo sobre la pobreza y la violencia en Jamaica, encontraron que la violencia dependía en cierto modo de los tipos de organizaciones que prevalecían en una comunidad; organizaciones más orientadas hacia estructuras jerárquicas y verticales tendían a encontrarse en aquellos lugares en donde la violencia era más alta, mientras que las organizaciones en donde prevalecía una estructura más horizontal y en donde las relaciones sociales estaban basadas en la confianza y en la reciprocidad, la incidencia de la violencia era menor. Además, los mismos autores descubrieron la importancia de la infraestructura de la comunidad en la prevención del crimen, sobre todo por parte de los jóvenes: la existencia y el funcionamiento de clubes juveniles, instalaciones deportivas y salones de baile eran fundamentales para la creación de redes y de confianza entre los miembros de la comunidad, y ésta a su vez era crucial para que la comunidad enfrentara los problemas de violencia y de pandillas.

Ahora bien, a pesar de que la noción de capital social se construyó haciendo énfasis en su carácter beneficioso para el éxito del funcionamiento de las

sociedades, algunos autores han señalado que el concepto básico también da cabida a la consideración de un efecto perjudicial en la dinámica del capital social (Rubio, 1997). En otras palabras, el capital social no sólo puede desempeñar una función en la reducción de los problemas sociales como la violencia, sino que también y bajo ciertas circunstancias puede constituirse en un alentador del crimen y la violencia. Ciertos tipos de organización, determinadas redes sociales basadas en la confianza y la existencia de ciertos espacios de encuentro público pueden estimular la aparición de comportamientos criminales y violentos. Esto sería un tipo de capital social que se ha dado en llamar "capital social perverso" (Rubio, *idem*). Bajo este término entrarían, por ejemplo, las pandillas mismas o las redes de crimen organizado y mafias, que sólo pueden funcionar bajo elevadas dosis de confianza mutua, bajo fuertes sentimientos de pertenencia y solidaridad, y bajo normas observadas estrictamente por todos sus miembros.

Este artículo no toca el carácter perverso del capital social en las pandillas juveniles salvadoreñas, más bien se refiere a que la presencia o no del problema de pandillas en una comunidad se debe a la existencia de un capital social "positivo" en esa comunidad; es decir, a la presencia de confianza interpersonal, de relaciones de ayuda recíproca, de normas de participación comunitaria y de un sentido de la importancia de la asociatividad en el barrio. Sobre esto no debe haber confusión. En concreto, el presente estudio se dedica a medir el impacto de los factores del capital social "positivo" en la presencia o ausencia de pandillas en tres municipios del país. Para ello parte de los resultados de una encuesta realizada en tales lugares a finales del año 2000, con los residentes urbanos, y que recoge diferentes tópicos relacionados con las pandillas, la violencia, la actitudes, la participación en organizaciones y la situación de la comunidad. El enfoque metodológico de este ejercicio es estrictamente cuantitativo y pretende establecer ese impacto a través del uso de la estadística multivariada. El presente esfuerzo no pretende agotar la

explicación de todos los factores que intervienen en la aparición de las pandillas dentro de una comunidad, pero sí incluye los que más claramente están dentro de la órbita conceptual del capital social más otros de orden socioeconómico, que pueden ser útiles en la explicación de la violencia juvenil de esos municipios.

2. Aspectos metodológicos

El objetivo fundamental del presente trabajo es establecer qué factores de la concepción de capital social se encuentran vinculadas con la presencia de pandillas o maras en las comunidades en cada uno de los municipios estudiados. En este caso, la hipótesis básica es que la existencia de capital social "positivo" en una comunidad constituye una condición asociada a la ausencia del problema de pandillas en ese lugar. En otras palabras, a más capital social positivo en una comunidad, menos probabilidad de que en esa comunidad

El capital social no sólo es visto como un elemento clave para comprender cómo funcionan los sistemas políticos o las agrupaciones sociales, sino también para explicar por qué unas sociedades o comunidades han propiciado las dinámicas de violencia juvenil y delincuencia, mientras que otras no.

hayan pandilleros y problemas relacionados con ellos.

Para cumplir con lo anterior, se realizó una encuesta entre los habitantes urbanos de tres municipios del país que se encuentran alrededor del Área Metropolitana de San Salvador (AMSS) y que tienen una estrecha relación con la misma. Estos municipios son: Cojutepeque, Nejapa y Quezaltepeque. Los municipios fueron escogidos según los siguientes criterios: (a) que estuvieran relativamente cerca del AMSS a través de las vías de comunicación y los medios de transporte disponibles; (b) que al menos uno se diferenciara significativamente de los otros en términos de problemáticas de maras y de violencia; (c) que al menos dos de ellos fueran parte de una misma área geográfica y mantuviesen una estrecha comunicación; y, (d) que al menos dos de ellos no se diferenciaron mucho en términos de los indicadores socioeconómicos para hacerlos comparables.

Todo lo anterior con el objetivo de comparar las condiciones que están asociadas al hecho de que en unos municipios existen problemas de pandillas mientras que en otros no. Quezaltepeque y Cojutepeque fueron escogidos como municipios

con una alta incidencia de violencia y con una fuerte presencia pandilleril en sus respectivas cabeceras, mientras que Nejapa fue escogido por la poca incidencia de esos rubros. Por otro lado, los tres municipios se encuentran a no más de 30 kilómetros del AMSS y algunos estudios socioeconómicos suelen ver a Nejapa como parte de la misma. Los municipios de Quezaltepeque y Nejapa colindan entre sí y la distancia por carretera entre sus dos cascos urbanos no supera los siete kilómetros de distancia. Esto significa que prácticamente

forman parte de una misma área geográfica natural. Finalmente, los criterios de homogeneidad socioeconómica son, probablemente, los que no se cumplen completamente entre los municipios seleccionados. Eso se debe a que mientras Quezaltepeque y Cojutepeque poseen un tamaño poblacional similar y mejores indicadores de desarrollo, Nejapa es un municipio más pequeño, con un fuerte porcentaje de población rural y con indicadores socioeconómicos que muestran un menor nivel de desarrollo (ver Cuadro 1).

Cuadro 1
Indicadores de los municipios estudiados (datos de 1992)

Municipio	Población ^a	Tasa de homicidios (x 100,000 h) ^b	Mortalidad infantil (%)	Analfabetismo (%)	Hacinamiento (%)	Vivienda improvisada (%)	Sin servicio de agua (%)	Sin electricidad (%)	Población rural (%)
Cojutepeque	53,122	110.8	39.1	14.4	31.1	0.68	35.9	19.0	16.2
Nejapa	32,172	15.8	53.1	29.55	38.2	0.52	83.9	49.4	82.1
Quezaltepeque	57,592	70.8	53.9	24.2	31.3	1.53	53.3	25.0	51.0

^a Los datos de población corresponden al año 2000.

^b Las tasas de homicidios están calculadas para el año 1999.

Fuentes: Dirección General de Política Económica y Social (1996); Instituto de Medicina Legal (1999).

Ahora bien, en realidad la investigación no se llevó a cabo con toda la población de cada uno de los municipios, sino que solamente con la población que habita las cabeceras de los mismos, esto es, con la población urbana, dado que el fenómeno de las pandillas —aunque con excepciones— se suele concentrar en las áreas urbanas. En el caso de Nejapa, el tamaño de su cabecera permitió tocar todos y cada uno de los segmentos poblacionales en que fue dividida la cabecera municipal, mientras que en los otros dos municipios se tocó un poco más del 50 por ciento del total de los segmentos geográficos en que se divide la ciudad.

2.1. El diseño de la muestra para la investigación

Todo el trabajo de recolección de datos fue llevado a cabo por el Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA, como parte de un proyecto más amplio financiado por la Misión de la Iglesia Sueca. La muestra se diseñó de tal forma que reflejase lo más fielmente posible la población urbana de los tres municipios de interés, esto según

la información brindada por la Dirección General de Estadísticas y Censos. La cuota muestral se distribuyó en los tres municipios estudiados —Cojutepeque, Nejapa y Quezaltepeque— con aproximadamente 400 entrevistas en cada uno de ellos. La elección de segmentos en donde se realizaron las encuestas se hizo de forma sistemática en cada municipio, esto significa que se numeraron los segmentos en que está dividida la cabecera departamental del municipio y se procedió a escoger aquellos segmentos según un intervalo específico, tomando como arranque un segmento elegido al azar. En el muestreo se consideraron cuotas por sexo y edad de los encuestados para controlar las variables demográficas. La aplicación del cuestionario se hizo por aproximación no sistemática a los hogares ubicados en los municipios y segmentos definidos de antemano. Los entrevistadores explicaban a las personas abordadas los objetivos y el tema de la encuesta. En cada caso se entrevistó únicamente a personas que quisieran contestar (una persona por hogar) y que cumplieran con los requisitos descritos en la boleta⁶.

6. Cada boleta estaba marcada con las características de la persona que debía ser entrevistada en cada hogar. Así, por ejemplo, el encuestador llegaba a una casa y preguntaba por una persona que fuera del sexo "x" y cuya edad

La muestra final obtenida para los tres municipios fue de 1,244 encuestas válidas con un margen de error general estimado de +/- 0.028 (2.8 por ciento). Las entrevistas por municipio se distribuyen de la siguiente manera: 416 en Cojutepeque, 406 en Nejapa y 422 en Quezaltepeque, en cuyo caso los márgenes de error muestral para cada municipio son de aproximadamente +/- 0.05 (5 por ciento). El 47.6 por ciento de los entrevistados pertenece al sexo masculino, mientras que el 52.3 por ciento al sexo femenino. La edad promedio de toda la gente encuestada es de 38.1 años, con una desviación típica de 16 años y con un promedio de 7 años de estudio para la población general. En el Cuadro 2 se presentan los resultados demográficos para cada uno de los municipios estudiados.

Cuadro 2
Distribución de la población urbana encuestada por municipios, según variables demográficas (En porcentajes)

Variables demográficas	Municipio		
	Cojutepeque	Nejapa	Quezaltepeque
N	416	406	422
<i>Sexo</i>			
Masculino	48.1	48.3	46.4
Femenino	51.9	51.7	53.6
<i>Edad</i>			
18 a 25 años	23.6	23.6	29.4
26 a 40 años	47.1	37.2	32.9
41 a 55 años	15.9	21.2	19.4
56 años y más	13.5	18.0	18.2
<i>Nivel de estudios</i>			
Ninguno	9.4	13.8	7.6
Primaria	28.4	32.8	34.4
Plan básico	20.9	19.0	19.2
Bachillerato	26.7	26.6	29.1
Superior	14.7	7.9	9.7
<i>Estrato</i>			
Alto	0.2	0.2	0.0
Medio-alto	2.4	1.5	1.2
Medio-bajo	27.9	21.7	15.4
Obrero	66.8	76.4	81.8
Marginal	2.6	0.2	1.7

Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

oscilase entre determinado rango. Si una persona con esas características no estaba disponible, se procedía a visitar otro hogar, hasta que fuera posible abordar a una persona con esas características, ya marcadas en la boleta de entrevista.

La muestra del municipio de Cojutepeque destaca porqué el porcentaje de población adulta media, entre 26 y 40 años de edad, es significativamente mayor que en los otros municipios estudiados, al tiempo que muestra que la población de mayor edad es minoría en este municipio de elevada actividad económica. Por su parte, en la muestra de Nejapa se concentra el promedio más bajo de escolaridad de los municipios encuestados, en concordancia con los indicadores ofrecidos por la Dirección General de Política Económica y Social. Los datos demográficos correspondientes a la muestra de Quezaltepeque revelan que en este municipio existe el mayor porcentaje de personas de estrato obrero, es decir, que trabajan en la industria. Esto puede explicarse porque Quezaltepeque se encuentra muy cercano a la zona industrial del Sitio del Niño, del municipio de San Juan Opico, que ocupa mucha fuerza laboral de los municipios circundantes

2.2. El instrumento

Un cuestionario de más de 110 ítems fue diseñado para la recolección de la información pertinente del estudio. La mayoría de ítems formaban parte de escalas que pretendían constituirse en indicadores, de tal manera que su propósito básico era contribuir a la construcción de variables escalares que permitieran aproximarse mejor a los constructos planteados por la investigación y no tanto ofrecer datos individuales.

Para el análisis sobre el que se desarrolla este trabajo se hará uso de tres tipos de preguntas o reactivos incluidos en el cuestionario. En primer lugar, un par de ítems que recogen la presencia de pandillas en la comunidad de residencia del encuestado: *¿Hay pandilleros en su comunidad?* y *¿conoce Ud. a algún miembro que sea miembro de una pandilla en acá en este barrio o comunidad?* En segundo lugar, se encuentran los datos referidos a las características sociodemográficas de las personas que contestaron la encuesta, de los hogares que éstas habitan o de la comunidad en la que se encuentra dicha vivienda. Finalmente, se utilizarán algunos de los ítems constituidos en escala que miden los constructos de capital social y los niveles de violencia.

Cuadro 3
Descripción de las variables escalares

Variable escalar	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Alfa de Cronbach
Exposición a la violencia	¿Qué tipos de actividad criminal ha observado o ha sido testigo presencial en su comunidad en el último año?	<ul style="list-style-type: none"> • Venta de drogas • Uso de drogas • Robo y saqueo de casas y locales • Asaltos con armas • Violaciones, delitos sexuales • Asesinatos • Riñas de maras o pandillas • Peleas callejeras de otras personas • Violencia intrafamiliar (maltrato de niños y mujeres dentro del hogar) 	0.792
Confianza interpersonal		<ul style="list-style-type: none"> • Hablando de la gente de aquí en general, ¿qué tan confiable cree usted que es, mucho, algo, poco o nada? • ¿Cree usted que la mayoría de las veces la gente se preocupa por sí misma o cree que la mayoría de las veces trata de ayudar al prójimo? • ¿Cree usted que la mayoría de la gente trataría de aprovecharse de usted si se les presentara la oportunidad, o cree que no se aprovecharían? 	0.535
Confianza en las instituciones	¿Cuánta confianza tiene usted en las instituciones que le voy a mencionar?	<ul style="list-style-type: none"> • Fiscalía General de la República • Fuerza Armada • Tribunales de justicia • Medios de comunicación • Policía Nacional Civil • Presidencia de la República • Alcaldía de su localidad • Procuraduría de Derechos Humanos • Asamblea Legislativa • Corte Suprema de Justicia 	0.895
Espacios comunitarios positivos	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> • Casa comunal • Parques • Canchas de juego abiertas • Clubes juveniles para uso comunitario • Templo evangélico • Iglesia o parroquia evangélica 	0.811
Espacios de encuentro "perversos"	En la colonia o barrio donde usted vive hay...	<ul style="list-style-type: none"> • Bares o cantinas • Billares • Prostíbulos 	0.767
Apoyo social	¿De quién puede uno esperar ayuda cuando tiene problemas?	<ul style="list-style-type: none"> • Del gobierno nacional • De los amigos • De los vecinos de la comunidad • De la iglesia • De la alcaldía 	0.685

Cuadro 3 (continuación)

Variable escalar	Pregunta básica	Ítems del cuestionario	Alfa de Cronbach
Actitudes hacia la violencia	A continuación voy a leerle una serie de situaciones. Quisiera que me indicara para cada una de ellas si usted la aprobaría, no la aprobaría pero la entendería, ni la aprobaría ni la entendería	<ul style="list-style-type: none"> • Suponga que una persona hiere gravemente a otra que le quitó su marido/esposa. • Suponga que alguien mata a alguien que le ha violado a su hija. • Si hay una persona que mantiene asustada a su comunidad y alguien lo mata. • Si un grupo de personas comienzan a hacer limpiezas sociales, es decir, matar gente indeseable. 	0.719
Tolerancia	En esta lista tiene Ud. varios grupos de personas. ¿Podría seleccionar si hay alguno de ellos que no le gustaría tener como vecino?	<ul style="list-style-type: none"> • Extremistas políticos • Bebedores excesivos • Pandilleros o mareros • Drogadictos • Personas de distinta religión • Homosexuales 	0.714

En el Cuadro 3 se presenta el detalle de las variables escalares que serán usadas en este análisis en función de los ítems que las componen y su respectivo nivel de confiabilidad, según el coeficiente alfa de Cronbach. Todas las variables escalares fueron transformadas a un rango de 1 a 10 para facilitar su comprensión a la hora de describir y analizar los resultados.

3. Los resultados

3.1. Indicadores de violencia: victimización, pandillas y exposición a la violencia

Los primeros resultados del estudio dan cuenta de que los municipios de Cojutepeque y Quezaltepeque se caracterizan precisamente por un alto porcentaje de pandillas dentro de las comunidades de las personas encuestadas. En tales municipios, más del 60 por ciento de los consultados respondieron que en su comunidad hay maras o pandillas; en cambio, en la parte urbana del municipio de Nejapa, el porcentaje de personas que identificaron maras juveniles en su propia comunidad no supera al 25 por ciento (Figura 1)⁷. Ello establece una primera y significativa diferencia con respecto a los otros dos municipios. La segunda diferencia tiene que ver con los niveles de victimización fa-

miliares en cada municipio. La misma figura revela el porcentaje de familias cuyos miembros (al menos uno) han sufrido algún hecho delictivo en los últimos seis meses antes de la entrevista. Los resultados muestran que Nejapa informa el más bajo nivel de victimización de los municipios tomados en el estudio, pero en este caso es Cojutepeque el que se diferencia de los otros, pues presenta el más alto porcentaje de familias victimizadas por violencia delictiva (22.1 por ciento). Por su parte, en Quezaltepeque y Nejapa, el nivel de familias victimizadas es del 18 y del 15 por ciento, respectivamente.

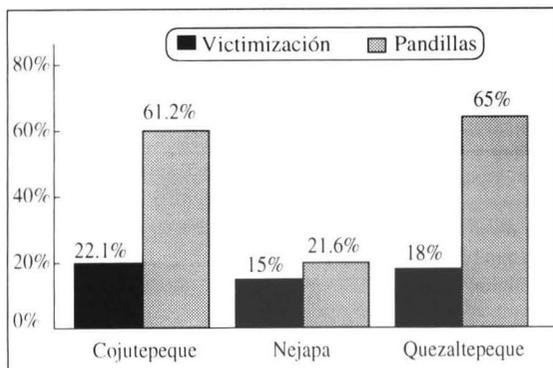
Esta sucesión en el orden de los municipios, según el nivel de victimización familiar, concuerda con los datos ofrecidos por la tasa de homicidios para el año 1999 y según los cuales Cojutepeque constituye el municipio más violento seguido de Quezaltepeque y Nejapa.

En todo caso, hay dos consideraciones que deben hacerse como producto de esta primera aproximación a los resultados. Primero, que Nejapa parece ser un municipio consistentemente menos problemático —si esto se mide en términos de maras y afectación por delincuencia— que los otros dos; y, segundo, que pareciera que ambos

7. Se debe llamar la atención sobre el hecho de que estos resultados no reportan el número de pandillas que existe en cada municipio o el número de comunidades que tienen problemas de pandillas, sólo se refieren al reporte de personas que dicen que hay pandillas en su comunidad de vivienda. Esto constituye, por tanto, un indicador indirecto de la presencia de maras.

fenómenos, maras y delincuencia, se encuentran ligados en la incidencia dentro de los municipios.

Figura 1
Victimización familiar y presencia de maras en comunidad, según municipio



Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

De hecho, si se hace una correlación entre ambas variables, en términos generales, los resultados están en el límite de la relación estadística⁸, lo cual significa que existiría una relación significativa, aunque frágil entre ambas variables. Sin embargo, cuando se hace el mismo ejercicio tomando en consideración los municipios, es decir, cuando se relaciona la presencia de pandillas con los niveles de victimización familiar en cada uno de las ciudades consultadas, las posibles relaciones desaparecen en términos de significancia estadística. Por ejemplo, en Cojutepeque el porcentaje de familias que han sido victimizadas por delincuencia en lugares en donde se ha identificado la presencia de pandillas es del 22.8 por ciento; mientras que en aquellos lugares en donde no hay maras, el porcentaje es muy similar, el 21.1 por ciento. En Nejapa las diferencias son más amplias e indicarían una tendencia: la victimización familiar en comunidades con pandilleros es del 20.7 por ciento, en tanto que en comunidades no plagadas por maras es del 13.6 por ciento. Sin embargo, esas diferencias, aunque parecen sugerir una incidencia de la actividad pandilleril, no llegan a constituirse significativas al analizarlas estadísticamente. Esto se debe a que el porcentaje de presencia de pandi-

llas en este municipio es muy bajo y el impacto que tiene sobre la actividad delincriminal es mínimo en términos absolutos. En Quezaltepeque, por otro lado, se encuentra una distribución similar a la encontrada en Cojutepeque, en donde los niveles de victimización delincriminal son del 18.7 y del 17 por ciento para las comunidades en donde se identificó la existencia de pandillas y para aquéllas en donde no se detectó, respectivamente.

¿De estos resultados se puede derivar la conclusión de que las pandillas no tienen ninguna incidencia en la actividad delincriminal y en la victimización de la gente? No. Esa no es la conclusión más adecuada. Por el contrario, la idea más plausible es que la existencia de pandillas no es, en sí misma, la única generadora de actividad delincriminal; además, detrás de la victimización existen otros factores que deben ser tomados en cuenta. De hecho, si se hiciese un examen de los victimarios se encontraría que muchos de ellos son pandilleros; pero lo que indican los datos es que ellos no son los únicos y que su sola presencia en una comunidad no es condición suficiente para que la comunidad tenga problemas de delincuencia. Detrás de esto se encuentra el hecho de que la actividad pandilleril más violenta no siempre se ejerce en contra de las comunidades en donde las maras están asentadas, sino que se ejerce en las comunidades vecinas o en otros sitios. Los mismos resultados del estudio encontraron que el 80 por ciento de las personas que viven en comunidades en donde hay pandillas no han tenido problemas con éstas. De tal forma que en este caso y a la luz de las tendencias mostradas por los resultados, lo más objetivo es decir que las pandillas, aunque contribuyen con la victimización de la comunidad que vive el municipio, no son la única condición para incrementar los niveles de afectación directa por delincuencia.

Sin embargo, el propósito de este trabajo no es establecer el impacto de las pandillas en la violencia general o específica que viven las comunidades, sino establecer la relación de las condiciones sociales con la presencia de pandillas. Para ello, a continuación se presentan los resultados referentes a la presencia pandilleril y algunas de las condiciones socioeconómicas de los hogares y personas consultadas.

8. $p < 0.05$

3.2. Condiciones socioeconómicas y presencia de pandillas

Se suele decir que la violencia urbana, sobre todo la de orden delincencial, se encuentra asociada a ciertas variables de índole económica o socioeconómica. Ya Smutt y Miranda (1998) apuntaban las condiciones de vivienda comunitaria como algunos predisponentes para que jóvenes que habitan en barrios populares se decidieran a integrar las pandillas. Como primer paso en el análisis de los datos recogidos para el estudio se relacionarán algunas variables de orden socioeconómico. Las primeras variables de este tipo son las que tienen que ver con las condiciones infraestructurales del hogar. En principio, se presume que aquellas casas que se encuentran en peores condiciones físicas albergan familias más pobres y, por lo tanto, donde es más probable que los jóvenes se sientan más expulsados a las calles y, por ende, a las pandillas. Estas variables son los materiales con los cuales está hecha la casa (en este caso resumido en el tipo de piso de la misma), el acceso a los servicios básicos en la misma y la situación de propiedad de la misma.

Los resultados de esta primera aproximación a las condiciones de vivienda de las familias de las comunidades son muy interesantes. En primer lugar, los datos consignan que hay más pandilleros en las comunidades en donde las viviendas poseen mejores condiciones de construcción, es decir, en donde el piso es de ladrillo y no de tierra o simplemente de cemento. Esto significa, en principio, que hay más pandilleros en aquellos lugares en donde los hogares están mejor construidos. En segundo lugar, los datos muestran que hay más presencia pandilleril en aquellos lugares en donde las casas tienen el servicio de agua y alcantarilla que en aquellas que no tienen ese tipo de servicio; pareciera entonces que las pandillas no son tan frecuentes en los barrios en donde las condiciones básicas del hogar no son muy buenas. Sin embargo, cuando se refiere al servicio de luz eléctrica, al cual suele tener acceso la mayor parte de los encuestados (casi el 98 por ciento), no hubo diferencias con respecto a la presencia pandilleril. Finalmente, aunque de forma menos fuerte, los datos consignan una relación entre el tipo de pertenencia de las viviendas y la existencia de las pandillas: la presencia pandilleril es un poco mayor entre quienes alquilan su vivienda que entre quienes la alquilan. Esto podría deberse al hecho de que las

familias de los pandilleros, aunque tienen las condiciones para vivir en hogares de sistemas mixtos, enfrentan dificultades más frecuentemente para hacerse de su propia casa y deben trasladarse constantemente de una a otra.

Cuadro 4
Presencia de pandillas en la comunidad, según variables de la vivienda

Variables	¿Hay pandillas en su comunidad?	
	No	Sí
<i>Tipo de piso de vivienda*</i>		
Ladrillo de cemento/cerámica	62.4	74.5
Ladrillo ordinario de barro	5.1	3.3
Cemento	20.5	16.0
Tierra	11.9	6.2
<i>Luz eléctrica en el hogar</i>		
Sí	98.2	1.8
No	97.0	3.0
<i>Agua potable dentro del hogar*</i>		
Sí	74.4	25.6
No	81.6	18.4
<i>Alcantarilla dentro del hogar*</i>		
Sí	63.6	34.6
No	72.5	27.5
<i>La vivienda es*:</i>		
Propia	70.9	23.1
Alquilada	66.0	30.3
Prestada	5.4	4.4
Otra situación	0.6	0.5

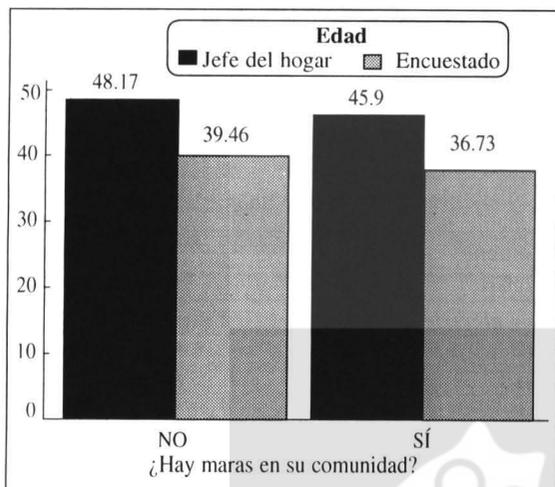
* $p > 0.05$

Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

Otro grupo de variables con las cuales se ha analizado la presencia pandilleril tienen que ver con las características sociodemográficas de la población que contestó la encuesta y que reportó la presencia de pandillas. Los resultados revelaron que en los hogares cuyos encuestados y jefes de familia reúnen los promedios más bajos de edad, es decir, son más jóvenes, en esos hogares se reporta más presencia de los pandilleros en la comunidad. En otras palabras, el reporte de la existencia de los mareros parecen estar asociado a hogares en donde sus ocupantes, tanto los jefes de familia —independientemente de si éste es hombre o mujer— como el resto de miembros son más jóvenes. ¿Será esto indicador

de que los lugares con más presencia de juventud están más propensos a tolerar pandillas? Es posible y esto sería indicador de que las comunidades que concentran familias con adolescentes y niños son el caldo para la aparición de pandillas.

Figura 2
Promedios de edad del jefe familiar y del encuestado, según presencia de maras

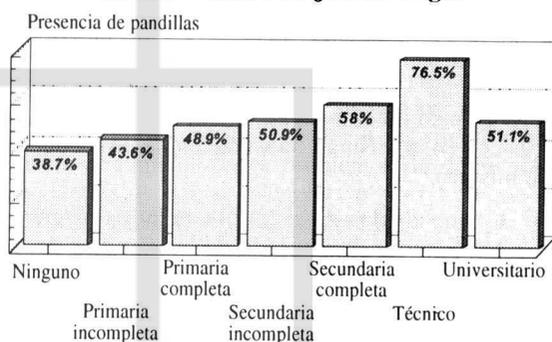


Pero, ¿qué hay con la educación de los miembros de los hogares y la comunidad?, ¿se encuentra ésta relacionada con la presencia de pandilleros en las comunidades? En ciertas circunstancias se puede decir que sí, pero a juzgar por los resultados esta relación se da en el sentido inverso del que se hubiese esperado. En principio, se presume que las pandillas son más comunes en aquellos barrios y comunidades cuyos habitantes tienen poca escolaridad y que, debido a ésta, es que los jóvenes cuentan con menos oportunidades para conocer otras alternativas distintas a las pandillas. Sin embargo, los resultados han señalado que en aquellos hogares en donde la educación del jefe de familia es mayor y en donde el promedio de educación familiar es también más alto, es en donde se reporta mayor presencia de las pandillas. Al mismo tiempo, la encuesta reveló que tanto el promedio de educación de los miembros de la familia como de la persona entrevistada es mayor en aquellas comunidades en las cuales hay pandilleros que en

las que no. En otras palabras, parece haber más presencia pandilleril en aquellos lugares que el promedio de educación es más elevado, al menos comparativamente en estos municipios.

Ahora bien, en esto hay que hacer una prevención. En realidad, los datos no están diciendo que las comunidades que tienen miembros universitarios suelen albergar más mareros que las que no. Lo que se interpreta de los datos es que para el promedio de educación que predomina en estos municipios, aquellas comunidades que tienen una población un poco más formada que otra suelen enfrentar, paradójicamente con más frecuencia, el problema de las maras.

Figura 3
Presencia de pandillas en la comunidad, según nivel educativo de jefe de hogar



Finalmente, en este bloque de variables que recogen las condiciones sociales y económicas de las comunidades, se cruzaron los datos sobre la presencia de maras con la situación económica de los barrios. En principio, los resultados no reportaron ninguna vinculación estadísticamente significativa entre la presencia de maras y el nivel de ingreso y gasto de los hogares, es decir, que el reporte de presencia de pandilleros en la comunidad no se modifica según el ingreso económico o el gasto económico mensual que tienen los hogares. La presencia de maras no está determinada por el hecho de que las familias ganan mucho o ganan poco. Ahora bien, en lo que sí se encontró una relación estadísticamente significativa es en el nivel de desigualdad económica de las comunidades⁹, pero nuevamente, en este caso, los datos revelan una relación distinta a la esperada.

9. La desigualdad económica se obtuvo dividiendo el ingreso más bajo con respecto al ingreso más alto de los hogares que pertenecían a un sector muestral ya determinado previamente. Cada sector reunía alrededor de 200

Las personas que reportaron presencia de pandillas viven en comunidades cuyo coeficiente de desigualdad promedio es de 0.20, mientras que las personas que habitan comunidades con pocas pandillas promediaron un coeficiente de desigualdad de 0.24. Esto es, en la medida en que las comunidades se muestran más homogéneas con respecto al ingreso económico, en esa medida existe un reporte mayor de presencia de maras; esto significa que en las comunidades más desiguales, es decir, en donde hay una gran diferencia entre el ingreso más alto y el ingreso más bajo entre los hogares que lo componen, la presencia de pandillas es sustancialmente menor. Conclusión: las pandillas son más frecuentes en las comunidades homogéneas económicamente. A esto hay que agregar otro resultado del análisis comparativo. Las pandillas son más frecuentes en las comunidades en donde sus calles no están en buen estado, lo que probablemente refleja el deterioro y la desatención de esa comunidad por parte de la municipalidad u otras instituciones del Estado. El porcentaje de pandilleros reportados en aquellas comunidades que poseían calles en buen estado es del 43.5 por ciento; en cambio, en las comunidades que se caracterizaron por tener calles en estado regular o malo, el porcentaje de presencia pandilleril es superior al 50 por ciento. Es decir, las pandillas se concentran en aquellos lugares públicos más descuidados.

Todos estos datos dan cuenta de una primera aproximación a las condiciones que individualmente se encuentran asociadas con la presencia de pandillas en las comunidades. Hay dos cosas de este ejercicio que vale la pena destacar y una primera reflexión sobre las mismas que vale hacer. En primer lugar, los datos indican que las pandillas aparecen con más frecuencia en aquellas comunidades más favorecidas con servicios básicos y con un nivel importante de escolaridad; esto echa por tierra el supuesto de que las pandillas estarían asociadas directa —y linealmente— a las pereros condiciones de vida dentro de las comunidades. Las pandillas están en donde los hogares gozan de los servicios básicos, en donde las viviendas tienen lo mínimo digno para vivir y en donde las condiciones de desigualdad entre los vecinos no son tan marcadas, esto es, donde hay un cierto nivel de homogeneidad económica. En segundo lugar, los datos anteriores muestran que a

pesar de esos aparentes indicadores de bienestar básico que están asociados a la presencia de pandillas, también hay otros que sugieren que la gente de las comunidades tampoco vive en la bonanza económica. El hecho de que la mayor parte de los pandilleros se encuentren en comunidades en donde la gente alquila sus hogares es uno de ellos, y el hecho de que las calles de las comunidades más asediadas por las pandillas no estén en buen estado es el otro. En otras palabras, las comunidades en donde se da el problema de pandillas no son comunidades de clase alta, ni siquiera de clase media-alta.

Dicho lo anterior, es preciso reflexionar sobre el fenómeno de las pandillas. Al menos su presencia en ciertas comunidades parece obedecer a una combinación compleja de factores. Los primeros resultados desmienten la tesis lineal de que a condiciones sociales más precarias, más maras; antes bien parece que se necesitan una serie de condiciones mínimas para la aparición de pandillas: cierto nivel de educación, cierto acceso de servicios básicos, hogares con la infraestructura mínima, etc. Pero una vez situados en esos niveles y bajo condiciones de relativa igualdad económica, las pandillas aparecen si no se goza de un bienestar absoluto: si las calles comunitarias están deterioradas y si la gente debe vivir en viviendas que no son de su propiedad. Por ello, es más plausible decir que las pandillas no aparecen asociadas directamente a la precariedad, sino a las necesidades y al abandono.

3.3. Variables de capital social y presencia de pandillas

Cinco variables que forman parte de la órbita conceptual del capital social serán usadas para analizar la presencia de las pandillas. A diferencia de las variables estudiadas anteriormente, las socioeconómicas y sociodemográficas, la mayor parte de estas condiciones se refieren más al ámbito de percepciones individuales que se crean y tienen un referente social. Las actitudes de confianza hacia otras personas, hacia las instituciones y la sensación de apoyo que brindan los demás son ese tipo de condiciones a los que nos referimos. Luego se analizarán los valores de orden político que pueden estar vinculados con la participación de los

hogares, de los cuales eran encuestados entre 10 y 20. El indicador de desigualdad, por tanto, oscilaba entre 0 y 1, donde la aproximación a 1 significa más desigualdad y la aproximación a 0, menor desigualdad.

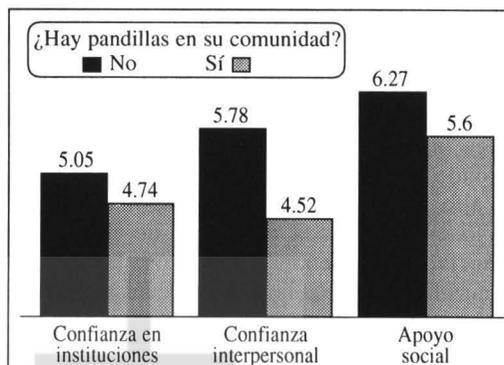
ciudadanos en los asuntos comunitarios. En tercer lugar, dos variables más que miden la disposición de espacios públicos o espacios de encuentro comunitario serán utilizadas dentro de este esfuerzo por asociar el capital social con la presencia de las pandillas.

Como se ha explicado en el apartado metodológico, la variable de confianza en las instituciones se creó a partir de la sumatoria de los ítems individuales que recogían el nivel que tienen los entrevistados en cada una de las diez instituciones. Los resultados muestran que en el sector urbano de Nejapa, los ciudadanos muestran más confianza en las instituciones que en los otros municipios, Cojutepeque y Quezaltepeque, los cuales no se diferencian entre sí en lo que a confianza institucional se refiere. La misma distribución se obtiene cuando se trata de la confianza en los demás, esto es, en los vecinos de la comunidad y en las personas que les rodean. Los nejapenses acusan un nivel más alto de confianza interpersonal entre sí en comparación con los vecinos de Cojutepeque, y éstos a su vez muestran más confianza comunitaria que los residentes del municipio de Quezaltepeque. En otras palabras, la confianza entre las personas no tiene el mismo nivel en los municipios estudiados y los datos señalan que en Nejapa la confianza interpersonal es mucho mayor, mientras que en Quezaltepeque, la confianza es la más baja.

Dicho lo anterior, no es extraño entonces que los niveles de percepción de apoyo social sean más altos precisamente en esos lugares en donde la confianza en las instituciones y en las personas es más elevada. En la ciudad de Nejapa se encuentra nuevamente el grado más alto de percepción de apoyo social, es decir, se halla más gente que se siente apoyada por diversas instituciones o personas en situaciones problemáticas, en comparación con los otros dos municipios.

Estos resultados, esta asociación entre lugar de residencia y los niveles de confianza que poseen los ciudadanos hacia diversas instancias, sugiere una dinámica social distinta entre las localidades, especialmente entre Nejapa y los otros dos municipios. Detrás de esta dinámica bien podrían encontrarse factores como las pandillas, con las cuales deben vivir cotidianamente los ciudadanos y eso es lo que muestra precisamente la Figura 4.

Figura 4
Niveles de confianza en distintos aspectos, según presencia de pandillas



Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

Los datos muestran algo de forma consistente: que donde no hay reporte de pandillas juveniles existen mayores niveles de confianza en las instituciones, de confianza entre los ciudadanos y de un espíritu de apoyo social de los demás que en los lugares en donde sí existen pandilleros. Este fenómeno es validado estadísticamente en los tres casos, de tal forma que las diferencias entre los niveles de confianza pública, interpersonal y apoyo social son significativos¹⁰.

En concreto, la confianza en las instituciones entre los ciudadanos que no reportan presencia pandilleril alcanza un promedio de 5.05 (en una escala de 1 a 10), frente a un 4.74 en las comunidades donde sí hay maras. En el caso de la confianza interpersonal, las diferencias son más amplias y muestran la fuerte vinculación entre estas dos condiciones: en los lugares donde no hay pandillas, el promedio en este caso es de 5.78, frente a un 4.52 de quienes sí conviven con pandillas. Y finalmente, el promedio del sentido de apoyo social alcanza 6.27 entre quienes no reportan pandillas en su comunidad, mientras que entre quienes sí lo hacen es de 5.6. En resumen, estos datos están diciendo que donde hay menos confianza en las instituciones, en las personas y en la posibilidad de contar con el apoyo de los demás, en esos lugares hay más pandillas o jóvenes integrados a las mismas.

10. Esto según pruebas del análisis de varianza.

En todo caso, las cifras sobre las variables de confianza plantean desde ya y de manera individual una primera confirmación de la importancia de las variables de capital social en la existencia y configuración de la violencia dentro de la comunidad. Aunque en la práctica esa relación pueda darse de forma bidireccional, es decir, que la confianza y la presencia de pandillas se alimenten mutuamente y, por tanto, quepa la posibilidad de que la primera sea producto de la segunda, parece indudable la asociación entre las mismas, lo cual tiene enormes consecuencias para entender la forma en que funcionan las dinámicas sociales en las comunidades marcadas por la violencia.

Otras variables del ámbito individual que constituyen también un referente del concepto de capital social son el nivel de participación política de los ciudadanos, las actitudes hacia la violencia y las actitudes de tolerancia. La primera es parte del núcleo del concepto de capital social, en el cual la mayoría de autores parecen coincidir, como ya se ha visto antes: mientras que la segunda y la tercera forman parte de esa concepción original de Coleman (2000/1988), según la cual las normas psicosociales, que rigen la conducta de forma tácita de las personas y que establecen lo que es bueno o malo, son parte también del concepto original de capital social.

En este caso, los resultados muestran un poco más de participación política por parte de los residentes del municipio de Nejapa que en los otros dos municipios. Quezaltepeque, por otro lado, es el lugar en donde el nivel de participación política alcanza su menor valor de los tres municipios estudiados. Ahora bien, en lo que tiene que ver con las actitudes de aprobación del uso de la violencia, los datos muestran una distribución opuesta. Es decir, Quezaltepeque recoge el mayor promedio en la escala de aprobación del uso de la violencia en diversas circunstancias (5.27), por encima de Cojutepeque (5.03) y obviamente de Nejapa (4.83). Aunque los promedios son muy cercanos entre sí, un análisis de varianza consignó que esas diferencias son significativas y que, por tanto, las mismas se deben a la variable del municipio. Finalmente, los datos también mostraron diferencias importantes en los niveles de tolerancia entre los tres municipios. El municipio que reporta el mayor nivel de intolerancia por parte de sus ciudadanos es, de nuevo, Quezaltepeque, con un promedio de 9.21¹¹, seguido por Cojutepeque con 8.87 y Nejapa con 8.69.

En resumidas cuentas, lo que los datos de forma singular señalan es que existen diferencias insoslayables entre los municipios estudiados en cuanto a estas otras variables de capital social: participación política, actitud de apoyo a la violencia y tolerancia. De nuevo y consistentemente, Nejapa aparece como el lugar en donde las condiciones asociadas al capital social "positivo" son más frecuentes. En contraposición, tanto Cojutepeque como Quezaltepeque presentan valores inferiores de capital social: poco compromiso de los ciudadanos con las organizaciones políticas, un alto nivel de apoyo al uso de la violencia en las relaciones humanas y poca disposición para aceptar las diferencias en los demás.

Ahora bien, ¿cómo se relacionan estas variables individualmente con la presencia de pandillas? De acuerdo a los resultados del estudio, las actitudes de aceptación hacia la violencia estarían vinculadas a la presencia de pandillas de forma positiva. Es decir, que a mayores actitudes hacia la violencia existe más contacto con las pandillas. Esta relación es lógica —o, al menos, se da según lo esperado— y podría estar indicando que las actitudes sociales de las personas dentro de una comunidad desempeñan una función específica en las condiciones que facilitan la presencia de pandillas. Es decir, detrás de la existencia de las maras estaría la presencia de un sistema de normas sociales que aprueban más el uso de la violencia, incluso de parte de aquellos que no tienen que ver directamente con actividades de violencia. La poca actividad de las pandillas, por el contrario, tendría como lecho un sistema de actitudes y normas menos favorable a la aparición de la violencia en la conducta de los ciudadanos.

Cuadro 5
Niveles de participación política, intolerancia y actitudes hacia la violencia, según la presencia de pandillas en la comunidad

Variables	¿Hay pandillas en la comunidad?	
	No	Sí
Participación política	2.30	2.29
Intolerancia	8.82	9.03
Actitudes hacia la violencia *	4.84	5.25

* $p < 0.05$

Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

11. En una escala del 1 al 10, el 1 significa absoluta tolerancia y el 10 extrema intolerancia.

Como puede verse en el Cuadro 5, las variables referidas a la participación política de los ciudadanos y la intolerancia no parecen mostrar vinculación significativa con la presencia de las pandillas en las comunidades estudiadas. Aunque la variable de intolerancia reporta alguna diferencia entre los promedios de quienes enfrentan pandillas en las comunidades y quienes no, las pruebas de varianza no consignaron que las mismas se deban a una razón distinta del azar.

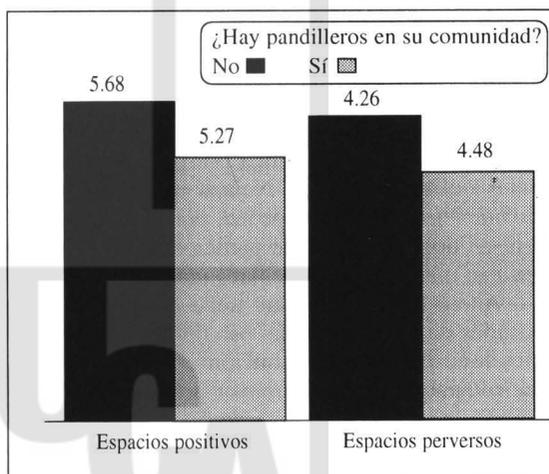
Finalmente, las últimas condiciones que están relacionadas con el concepto del capital social y que serán analizadas en conjunto con el fenómeno de las pandillas, medido en función de la presencia de pandilleros o no, son la disponibilidad de espacios sociales para el encuentro de las personas. En este caso, se han clasificado dos tipos de espacios sociales. El primero, que se dará en llamar “espacios públicos positivos”, se refiere a la existencia de casas comunales, parques, canchas y lugares públicos en la comunidad de residencia de las personas y en donde los residentes de la colonia se pueden reunir con facilidad. El segundo tipo de espacios sociales son los llamados “espacios perversos” y se refiere a la existencia de cantinas, prostíbulos y salas de juego (billares) dentro de la comunidad de residencia de las familias encuestadas. Estos dos tipos de espacios están recogidos cuantitativamente en dos variables, las cuales ofrecen una medida de la cantidad que hay al interior de la comunidad¹².

El examen de estas condiciones por municipio revela cuestiones interesantes. Ante todo, la ciudad de Nejapa reporta la cantidad más alta de espacios tanto públicos positivos como “perversos” en las comunidades, seguida de Quezaltepeque y de Cojutepeque, comunidades en donde son más escasas tanto las casas comunales, los parques y las canchas como las cantinas, los prostíbulos y las casas de juego. Pareciera, por tanto, que en aquellas localidades en donde existen más lugares de encuentro para las personas son precisamente los sitios en donde las pandillas son menos frecuentes, aunque también Nejapa registra los mayores niveles de espacios públicos perversos declarados por los ciudadanos.

En todo caso, los resultados revelan que allí donde no hay pandillas, existe un promedio más alto de espacios de encuentro público de orden positivo (5.68, en una escala de 1 a 10), mientras que el

menor nivel de espacios públicos positivos (5.27) se da en los lugares en donde hay más pandilleros. En el caso de los lugares de índole “perverso” se da la tendencia opuesta: hay más lugares “perversos”, esto es, hay más bares, cantinas y prostíbulos en las comunidades en donde se reportan más pandillas y, por el contrario, hay menor cantidad de este tipo de sitios en las comunidades donde hay menos pandillas. En ambos casos, tanto en los espacios públicos positivos como en los perversos, las relaciones se dan según lo esperado, lo cual pone de relieve la importancia de la existencia de los espacios de encuentro en el fenómeno de las pandillas. Pero la relación es mucho más decisiva en el primer caso, en el caso de la existencia de los espacios públicos positivos. Y es que tal y como lo sugieren los datos, una comunidad que dispone de sitios de esparcimiento y encuentro sanos parece estar menos afectada por la violencia pandillera que aquella que no los tiene o que posee bares o cantinas.

Figura 5
Espacios públicos, según presencia de pandillas



Fuente: Encuesta sobre pandillas y capital social.

Este hallazgo tiene una relevancia particular, dado que pone sobre el tapete de la evidencia la función que desempeña la infraestructura comunitaria, probablemente asociada al comportamiento de los miembros de la comunidad, en la prevención del fenómeno de las pandillas. Tal y como lo

12. De nuevo, acá se ha hecho uso de medidas escalares, en donde 1 significa que no hay muchos espacios de ese tipo y 10 significa que hay muchos.

planteaban Moser y Holland (1997) en su estudio en Jamaica, la posibilidad de contar con lugares en donde la comunidad se encuentra cotidianamente y de forma horizontal puede constituir una diferencia importante en la lucha contra la integración de los jóvenes a las pandillas.

En resumidas cuentas, el ejercicio de cruzar las variables de capital social con la presencia de pandillas ha dejado hallazgos importantes en el orden del análisis individual de los factores. La poca confianza en las instituciones, en las personas y en un sentido de reciprocidad social, la existencia de un sistema de actitudes que privilegia el uso de la violencia sobre cualquier otra forma de relacionarse con los demás y la ausencia de lugares de encuentro ciudadano en las propias comunidades de vivienda, parecen ser las condiciones más asociadas a la existencia de maras en los barrios de los municipios estudiados. Estos hallazgos tienen validez sólo para esos municipios, Nejapa, Quezaltepeque y Cojutepeque, pero pueden constituir un modelo que habría que confirmar de cómo funcionan estas condiciones para facilitar la presencia de pandillas en otros lugares.

Esto significa, en todo caso, que algunas de las variables fundamentales de la noción de capital social son útiles para explicar por qué unas comunidades enfrentan el problema de las pandillas juveniles y otras no. Según estos datos, se debe prestar atención sobre todo a esas variables de confianza y de infraestructura —que permite alimentar aquella—, para comprender la dinámica que posibilita la existencia de pandillas.

3.4. Los predictores de la existencia de pandillas: la función del capital social

Visto todo lo anterior, lo que queda es comprender cómo se conjugan todos esos factores asociados a la aparición de las pandillas en una comunidad, de forma tal que permitan establecer dónde es posible esperar más maras. Como se ha dicho en diversos espacios, la violencia tanto como las pandillas no es un problema simple y nunca aparece como producto de una sola condición. Su presencia es el producto de la interacción de diversos factores que operan de forma diversa en función del contexto en el cual aparecen. Hasta acá, se ha visto cómo cada uno de esos factores estudiados (familias, comunidades, confianza, actitudes, participación y presencia de espacios de encuentro) se

relacionan individualmente con la presencia de pandillas en la comunidad (medida a través del reporte de los vecinos). Sin embargo, es importante ver cómo interactúan como grupo para ver si su aparente vinculación con la aparición de las maras es tal y si las mismas no determinan otras dinámicas de relación. Dentro de esto, las variables de capital social parecen jugar un papel fundamental y las mismas serán usadas simultáneamente para ver si todas tienen el mismo peso en la explicación de las pandillas y cómo se relacionan con otras condiciones de orden más demográfico y económico.

El Cuadro 6 muestra los resultados de una regresión logística binaria con las variables que al final resultaron más significativas para predecir la aparición de las pandillas en la comunidad. En estas regresiones se han usado todas las variables descritas anteriormente, más algunas variables que describen las características individuales de las personas que fueron encuestadas con el propósito de controlar algunas características personales, que pueden tener influencia sobre la forma en que los sujetos perciben y declaran los niveles de actividad pandilleril en la comunidad.

El producto de estos análisis no puede ser más interesante. En términos generales, el ejercicio muestra que en la medida en que una comunidad esté formada por hogares en donde deben alquilar la vivienda, en donde las viviendas tengan la infraestructura mixta básica (medida a través del tipo de piso) y en la medida en que la comunidad sea poco desigual, en esa medida hay más probabilidades de que esa comunidad enfrente el problema de las pandillas, desde las condiciones socioeconómicas. Además, la regresión muestra que en tanto exista un nivel de confianza bajo entre las personas que forman la comunidad, un bajo sentido de apoyo social recíproco entre ellos, existan muy pocos espacios de encuentro público positivo y haya un importante número de bares, cantinas y lugares de ese tipo, hay más probabilidades de que una comunidad deba enfrentar el problema de las pandillas.

Esto pone de relieve dos grandes cosas. Primero, algo que ya se ha expresado y es que parece que se necesita cierto nivel socioeconómico para que las pandillas aparezcan. Éstas no están asociadas simple y directamente a la pobreza, pero tampoco están asociadas a la desigualdad a nivel de microcomunidad¹³. Aparentemente, se necesita tam-

13. Probablemente lo estén a niveles de desigualdad macrosocial, pero eso no ha podido ser medido acá.

Cuadro 6
Regresión logística binaria: predictores de la presencia de pandillas en una comunidad

Variable	B	S.E.	Wald	Df	Sig.
Sexo del entrevistado	0.0981	0.1262	0.6043	1	0.4369
Edad del entrevistado	0.0035	0.0049	0.5274	1	0.4677
Nivel educativo del entrevistado	0.0624	0.0183	11.6455	1	0.0006
Tipo de piso de la vivienda	-0.1797	0.0527	11.6457	1	0.0006
Tipo de vivienda			8.6479	3	0.0344
Alquilada	0.4198	0.1458	8.2877	1	0.0040
Prestada	0.1224	0.3122	0.1538	1	0.6950
Otra condición	-0.4086	0.9403	0.1888	1	0.6639
Desigualdad en comunidad	-4.1515	0.6283	43.6634	1	0.0000
Confianza interpersonal	-0.1485	0.0230	41.5810	1	0.0000
Sentido de apoyo social	-0.0530	0.0251	4.4510	1	0.0349
Espacios públicos positivos	-0.1296	0.0296	19.2157	1	0.0000
Espacios públicos perversos	0.1129	0.0262	18.5983	1	0.0000
Constante	1.6493	0.4472	13.6042	1	0.0002

Predicción = 66.53 %

bién cierto nivel de igualdad de condiciones económicas para la aparición de pandillas dentro de una comunidad. Segundo, los datos ponen de relieve, por el lado del capital social, esencialmente dos cosas: la importancia de la confianza recíproca en los miembros de las comunidades y la función que desempeñan los espacios de encuentro ciudadanos al interior de las mismas. De acuerdo con los datos, lo que es fundamental a la hora de predecir la aparición de las pandillas es el hecho de que la comunidad cuenta con elevados niveles de confianza, lo cual hace referencia a los niveles de interacción social y trabajo compartido que llevan a cabo las personas para resolver sus propios problemas. Pero también es fundamental que existan lugares en donde la gente pueda reunirse tranquilamente para debatir sobre los mismos, y ello es posible sólo si hay casas comunales y parques para la diversión de la familia.

Por otro lado, la confianza en las instituciones, las actitudes de apoyo a la violencia y la intolerancia no parecen tener relevancia estadística, sobre todo cuando se conjugan con la confianza interpersonal —la cual es, después de la desigualdad económica, el factor más decisivo para explicar la aparición de las pandillas en la comunidad—. Es decir, de nuevo, la confianza interpersonal constituye el factor más determinante en el ámbito de las confianzas que permite predecir los niveles de violencia. Así, en la configuración de la violencia en

estas comunidades no tiene tanto que ver el nivel de confianza en las instituciones o qué tanto la gente tiene actitudes hacia la violencia, cuanto el grado en que la gente, los vecinos, confía entre sí. Y eso constituye uno de los fundamentos de la concepción del capital social.

El modelo final permite, por tanto, decir que las pandillas suelen aparecer más ahí donde la gente confía menos entre sí, hay menos desigualdad económica, hay menos espacios de encuentro público y más de encuentro “perverso”, y donde existen las condiciones económicas básicas para vivir.

4. Reflexiones sobre los resultados

¿Qué significa todo lo anterior? En realidad hay varias reflexiones que se desprenden de estos resultados. En primer lugar, este ejercicio indica qué tan importante es considerar los factores socioeconómicos en la aparición de las pandillas, igual de fundamental lo es considerar aquellos factores de orden psicosocial que tienen que ver con la forma en que la gente se relaciona al interior de la comunidad y con el herramientaje normativo del que dispone para regular la manera en que se acerca e interactúa con sus pares. Según los datos recabados en este estudio, las pandillas —o por lo menos su visibilidad— dependerían de qué tanta confianza existe entre los ciudadanos de los municipios estudiados. Ello tiene fuertes implicaciones para enfrentar el problema de la vivencia de inseguri-

dad ciudadana. A final de cuentas, la violencia y las pandillas mismas actúan como un estímulo negativo en torno a la fe hacia los demás. Las comunidades más atacadas por la violencia pandilleril no sólo deben enfrentar la sensación de inseguridad, sino que también deben enfrentar las dificultades para comunicarse sobre la base de la confianza mutua que permite la construcción y el desarrollo del proyecto de vida comunitario. En estas circunstancias, no es extraño que junto a la poca confianza social, exista un sistema de normas y actitudes que estimulan las respuestas de agresión en las relaciones humanas. Como ha sugerido Coleman (1988/2000), las mismas normas sociales pueden llevar a acciones que terminan dañando a otros y debilitando las redes de confianza social que constituyen la base del capital social.

En segundo lugar, los hallazgos planteados en este ejercicio empírico con apenas tres ciudades del país, ponen de relieve la importancia de la existencia de cierto tipo de espacios de encuentro social al interior de las comunidades, barrios y colonias. El estudio ha ofrecido suficiente evidencia de que contar con canchas deportivas, casas comunales y parques, puede constituir una diferencia importante a la hora de prevenir la aparición de pandillas y, con ello, los altos niveles de violencia, y lo es aún más si detrás de esos lugares se encuentra un sentido de confianza social. Pero tampoco es posible construir la confianza mutua si no existen lugares en donde la gente pueda verse, conversar y discutir sobre los problemas y los intereses que comparten como comunidad; de la misma forma en que es más difícil desarrollar esquemas de resolución pacífica de conflictos en los lugares en donde se concentra el consumo de alcohol y el desorden.

En tercer lugar, en el ámbito de los factores socioeconómicos, el estudio arroja más desafíos que conclusiones establecidas. Todavía hacen falta herramientas para comprender por qué, a este nivel de ciudades pequeñas, las pandillas no aparecen correlativamente relacionadas con la pobreza ni con la desigualdad. Los datos insisten en mostrar que es necesario cierto nivel de vida en la gente para que aparezcan las pandillas, pero no dicen que ante mejores condiciones económicas aparezcan más pandillas. Más bien muestran que hasta cierto punto se pueden encontrar pandillas, pero en los estratos más altos no. Aunque también muestran que la comunidad debe ser más o menos

homogénea en términos socioeconómicos, ¿será porque esto posibilita la interacción entre los mismos jóvenes? Es difícil saberlo, una respuesta a esto necesita de más trabajo con los datos.

En cuarto lugar, debe reconocerse que aunque el modelo general explica casi una parte importante de la aparición de las pandillas, existe una buena parte de la misma que queda aún sin explicar. Ello remite obviamente a las limitaciones del estudio, pero sobre todo a la idea de que el fenómeno de las maras constituye un hecho complejo y multicausal y que, por tanto, resulta imposible captar toda la diversidad de los factores que intervienen en él. El valor fundamental de este esfuerzo de investigación es haber comprobado empíricamente la importancia de factores como la confianza interpersonal y de haber “descubierto” la relevancia que tiene la disponibilidad de lugares en donde la gente se relaciona socialmente, todo ello en ciudades no muy complejas y en donde la inseguridad pública constituye una vivencia cotidiana. En otras palabras, la contribución de este estudio tiene que ver con el hallazgo de que la concepción de capital social es importante en el tema de la violencia, incluso para lugares y comunidades pequeñas y específicas como lo son las estudiadas.

Una conclusión menos teórica y más pragmática puede también obtenerse de este ejercicio. Y esta es sugerir que detrás de las diferencias que muestran los municipios estudiados en términos de violencia se encuentra precisamente la capacidad de los mismos para ofrecer a sus vecinos los lugares para reunirse y los mecanismos para discutir los problemas de la comunidad, lo cual incide en las redes de confianza social que se crean al interior de los barrios y las colonias. Nejapa es, sin duda, un lugar aparte con respecto a Cojutepeque y Quezaltepeque, y eso es así no sólo porque sus habitantes no deben enfrentar los mismos niveles de violencia, sino porque también ahí parece haber más espacio para el encuentro de las personas, parece haber también más confianza entre ellos —y hacia el gobierno local también— y, en este caso, parece haber más organización ciudadana no necesariamente estimulada por la necesidad de defenderse de la delincuencia. Sin embargo, hay que insistir en que esas condiciones están lejos de explicar en su totalidad la aparente tranquilidad de este pequeño municipio en comparación con su vecino Quezaltepeque o con la conflictiva ciudad de Cojutepeque. Hay que insistir en que la multicausalidad

de la violencia está tan presente en estos casos como en cualquier otro. Otros factores deben ser considerados para tener una idea más precisa de lo que interviene en los niveles de violencia de las comunidades y la mayor parte de esos factores no han podido ser estudiados acá. Aspectos como el tamaño poblacional de la ciudad, el ritmo de crecimiento urbano en los últimos años, la gestión del gobierno local y el tipo de actividad económica, entre otros, pueden constituirse en variables cruciales para ampliar nuestro conocimiento sobre las razones que hacen que una ciudad no tenga los mismos niveles de violencia y de pandillas que otra, situada apenas a cinco kilómetros de distancia.

Bibliografía

- Alvarenga, P. (1996). *Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA.
- Coleman, J. (1988/2000). "Social Capital in the Creation on Human Capital". En: Partha Dasgupta e Ismail Serageldin (eds.). *Social capital: A Multifaceted Perspective*. Washington, D.C.: The World Bank.
- Coleman, J. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Cruz, J. M. (2000). "Violencia, democracia y cultura política". *Nueva Sociedad*, 167, 132-146.
- Cruz, J. M. (1999). "La victimización por violencia urbana: niveles y factores asociados en ciudades de América Latina y España". *Revista Panamericana de Salud Pública*, 5, 259-267.
- Cruz, J. M. (1997). "Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa". *Estudios Centroamericanos (ECA)* 588, 976-992.
- Cruz, J. M., González, L. A., Romano, L. E. y Sisti, E. (2000). "De la guerra al delito: evolución de la violencia en El Salvador". En: Juan Luis Londoño, Alejandro Gaviria y Rodrigo Guerrero (eds.). *Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina*. Washington, D.C.: Red de centros de investigación, BID.
- Cruz, J. M. y Portillo, N. (1998). *Solidaridad y violencia en las pandillas del gran San Salvador. Más allá de la vida loca*. San Salvador: UCA Editores.
- Cruz, J. M., Trigueros, A. y González, F. (2000). *El crimen violento en El Salvador. Factores sociales y económicos asociados*. San Salvador: IUDOP-UCA/Banco Mundial.
- Fanjzylber, P., Lederman, D. y Loayza, N. (2000). "Crimen y victimización: una perspectiva económica". En: Pablo Fanjzylber, Daniel Lederman y Norman Loayza (eds.). *Crimen y violencia en América Latina*. Bogotá: Alfaomega/Banco Mundial.
- Fanjzylber, P., Lederman, D. y Loayza, N. (1998). *Determinants of Crime Rates in Latin America and the World. An Empirical Assessment*. Washington, D.C.: The World Bank.
- Gaviria, A. y Pagés, C. (1999). "Patterns of Crime Victimization in Latin America". Working paper 408. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- González, L. A. (1997). "El Salvador en la postguerra: de la violencia armada a la violencia social". *Realidad* 59, 441-458.
- Instituto Universitario de Opinión Pública. (IUDOP). (1993). "La delincuencia urbana". Encuesta exploratoria. *Estudios Centroamericanos (ECA)* 534-535, 472-479.
- Lederman, D., Fajnzylber, P. y Loayza, N. (2001). "Crimen y victimización: una perspectiva económica". En Pablo Fajnzylber y otros: *Crimen y violencia en América Latina*. Santafé de Bogotá: Alfaomega.
- Lederman, D., Loayza, N. y Menéndez, A. M. (2000). *Violent Crime: Does Social Capital Matter?* (Documento mimeografiado).
- Krishna, A. y Shrader, E. (2000). *Social Capital Assessment Tool*. The World Bank. (Documento mimeografiado).
- Moser, C. y Holland, J. (1997). "La pobreza urbana y la violencia en Jamaica". Washington D.C.: El Banco Mundial.
- Narayan, D. (1997). *Voices of the Poor: Poverty and Social Capital in Tanzania*. Washington, D.C.: The World Bank.
- Putnam, R. D. (1993). *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Rubio, M. (1997). "Perverse Social Capital. Some Evidence from Colombia". *Journal of Economic Issues* 31, 805-816.
- Santacruz, M. L. y Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro. La solidaridad volenta de las pandillas*. San Salvador: IUDOP.
- Santacruz, M. L. y Cruz, J. M. (2001). "Las maras en El Salvador". En: *Maras y pandillas en Centroamérica*, Vol. I. Managua: UCA Publicaciones.
- Smutt, M. y Miranda J. (1998). *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*. San Salvador: FLACSO/UNICEF.